JEAN-MICHEL FIEDLER



8 vientos

Galería SPACE

Galería San Patricio (Mall), Calle Tabonuco B-5, Guaynabo, PR

787 | 397 | 6395

manuel@spacepr.com

En exhibición hasta el 28 de noviembre 2026

Horario: martes a sábado de 12:00 p.m. a 6:00 p.m

San Patricio Art Center SPACEPR

Galería SPACE: 12 años de compromiso con el arte y la cultura de Puerto Rico

Celebrar los doce años de trayectoria de Galería SPACE representa mucho más que conmemorar el aniversario de un espacio dedicado al arte. Es celebrar doce años de pasión, compromiso y entrega a las artes plásticas, reafirmando mi convicción de que el arte es una expresión esencial de nuestra identidad, nuestra historia y nuestra cultura.

Desde el comienzo de esta gestión, he asumido el compromiso de contribuir al desarrollo cultural de Puerto Rico, convencido de que el arte tiene el poder de transformar, educar, inspirar y generar nuevas perspectivas sobre nuestra sociedad. Como gestor cultural, mi propósito ha sido abrir puertas, crear oportunidades y propiciar encuentros entre los artistas, sus obras y el público, reconociendo el valor de la creación artística como parte fundamental de nuestro patrimonio cultural.

Felicito a nuestro artista Jean-Michel Fiedler por presentarnos esta maravillosa exhibición *Ocho vientos* y reafirmo mi admiración a él por su gran talento como artista. Agradezco a nuestros visitantes por acompañarnos estos doce años de SPACE y mientras Dios nos permita la oportunidad, continuaremos brindándoles exhibiciones de excelencia como es *Ocho vientos* de mi querido amigo Jean-Michel Fiedler.

Manuel de J. Vázquez,
Director

Haciendo visible el aire: Los ocho vientos de Jean-Michel Fiedler

El diálogo entre la pintura y la lírica de Jean-Michel Fiedler alcanza una de sus expresiones más complejas en *Ocho vientos*, proyecto interdisciplinario y existencial de notable madurez conceptual. A través de dieciséis óleos sobre tela, el artista establece un diálogo indisoluble entre la figuración y la palabra escrita: cada lienzo encuentra una prolongación en un poema de su propia autoría. Pintura y poesía no funcionan aquí como lenguajes paralelos, sino como dos formas de aproximarse a una misma experiencia interior.

La estructura conceptual de la serie encuentra uno de sus principales puntos de apoyo en la antigua enseñanza budista de los ocho vientos mundanos (lokadhamma): ganancia y pérdida, placer y dolor, alabanza y censura, fama y descrédito. Estos pares describen las fuerzas externas e internas que constantemente alteran nuestro equilibrio. Fiedler no los ilustra literalmente. Los convierte en una arquitectura simbólica desde la cual examina el apego, la aversión, la vulnerabilidad, el deseo y la inestabilidad de aquello que llamamos identidad.

La pintura y la poesía se convierten así en instrumentos de observación. No buscan explicar la condición humana, sino penetrar sus zonas de incertidumbre: la fragilidad, el aislamiento, la memoria, el deseo y esa teatralidad cotidiana mediante la cual el yo intenta mantenerse a salvo de la impermanencia.

Desde el punto de vista técnico, la serie revela un dominio del óleo de extraordinaria precisión. La piel de sus personajes posee una cualidad lumínica y una tersura contenida que remiten, sin quedar sometidas a ellas, a la tradición del retrato renacentista y manierista. Los rostros adquieren una dignidad silenciosa y, al mismo tiempo, una vulnerabilidad profundamente humana. Hay en ellos una especie de suspensión: los cuerpos parecen detenidos en un instante que no pertenece enteramente ni al sueño ni a la vigilia.

Ese estatismo deliberado encuentra su contrapunto en los fondos. El espacio pictórico rara vez es naturalista. Aparece fracturado en planos geométricos, círculos concéntricos, transparencias y polígonos que dialogan con el surrealismo y con ciertas formas de la abstracción constructiva. El entorno parece descomponerse mientras el personaje permanece momentáneamente inmóvil.

Esta tensión entre la quietud de la figura y la inestabilidad del espacio constituye una de las claves visuales de Ocho vientos. Lo que rodea al

individuo cambia, se desplaza, se fragmenta. El mundo exterior y la mirada ajena poseen la misma naturaleza transitoria que las formas geométricas que atraviesan el lienzo. La impermanencia no es entonces un concepto abstracto: se convierte en atmósfera. La pintura se convierte así en una forma de observar aquello que nos mueve sin dejarnos arrastrar por ello.

En la tradición budista, la mente no entrenada suele compararse con una criatura inquieta, incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Fiedler encuentra una traducción visual de esa inquietud en un verdadero bestiario mental. Sus personajes conviven con aves y animales domésticos que no funcionan simplemente como elementos decorativos, sino como extensiones de una psicología simbólica.

Las aves ocupan un lugar particular dentro de este universo. Pájaros que tiran de hilos, gansos, palomas con gorros de fiesta y siluetas de papel suspendidas sobre las cabezas convierten el aire en un territorio de pensamientos, deseos y expectativas. Algunas parecen representar el pensamiento colectivo; otras, la intrusión de lo externo sobre la conciencia individual. Las figuras de papel, sostenidas por hilos casi invisibles, sugieren además la fragilidad de la autoimagen: aquello que parece formar un halo protector alrededor de la cabeza puede desaparecer ante una mínima ráfaga.

La fama y la alabanza, uno de los vientos mundanos, adquieren de este modo una ligereza paradójica. Lo que eleva también puede desestabilizar. El reconocimiento externo, como un pájaro de papel, posee una belleza que depende precisamente de su precariedad.

Frente a ese universo aéreo aparece la dimensión terrenal. Los animales domésticos y de corral introducen una intimidad distinta, más cercana a la vida cotidiana, al afecto y a la memoria. El perro que acompaña al joven del sombrero de paja o el gallo que corona la cabeza de la anciana pertenecen a un registro simbólico diferente del de las aves que atraviesan el cielo mental.

Aquí la existencia adquiere peso. La ganancia y el placer dejan de ser únicamente fuerzas abstractas y se relacionan con aquello que nos vincula a la tierra: el afecto, la costumbre, el cuerpo, la compañía y las pequeñas ficciones mediante las cuales hacemos habitable la vida.

Entre los símbolos más contundentes de la serie se encuentra la dualidad de la manzana y la flecha. La manzana, cargada históricamente de asociaciones con el deseo, la tentación y la discordia, aparece recontextualizada dentro de la lógica de los vientos mundanos. Se convierte en el objeto del apego: aquello que deseamos conservar porque hemos depositado en ello la promesa del placer, del amor o de la plenitud.

El dolor irrumpe con particular intensidad en la figura de la mujer cuya manzana pectoral es atravesada por una flecha. La imagen puede evocar la iconografía de San Sebastián, pero su sentido dentro de la serie se aproxima también a la antigua metáfora budista de las dos flechas. La primera corresponde al sufrimiento inevitable que forma parte de la existencia; la segunda surge de nuestra reacción ante ese sufrimiento, de la resistencia, del miedo o del deseo de que aquello que cambia permanezca. La herida deja entonces de ser únicamente física. Se convierte en una imagen del apego.

Frente al llanto explícito, los ojos entornados y los cielos tormentosos de algunas figuras, Ocho vientos ofrece también espacios de silencio radical. Son momentos en los que la pintura parece suspender su propia narrativa y entrar en una zona de contemplación.

La caracola ocupa aquí un lugar revelador. El personaje masculino que cubre su oído con una gran concha marina y cierra los ojos parece retirarse voluntariamente del ruido exterior para escuchar otra frecuencia: la del océano interior. Esta imagen puede dialogar, por analogía, con la práctica del pratyahara descrita en la tradición clásica del yoga, entendida como repliegue de los sentidos. Más que ilustrar literalmente una doctrina, Fiedler convierte ese gesto en una metáfora de recogimiento y de atención.

El personaje ya no lucha contra el ruido. Se aparta de él. En su regazo, el barco de papel descansa sobre un mar de telas azules. Ya no zozobra. La imagen contiene una de las paradojas esenciales de la serie: aquello que parece frágil puede encontrar estabilidad cuando deja de luchar contra la corriente. El barco de papel puede ser leído como una metáfora del amor, de la esperanza, del arte o de cualquier otro constructo humano que sabemos provisional y, sin embargo, necesitamos para atravesar la existencia. No se trata de desmontar esas ficciones, sino de reconocerlas como parte de nuestra manera de vivir.

En este sentido, Ocho vientos no debe entenderse únicamente como una reflexión sobre el budismo. Las referencias filosóficas constituyen una de sus claves de lectura, pero no agotan la complejidad de la obra. En ella confluyen también la memoria, el deseo, la identidad, el absurdo, la vulnerabilidad, la imaginación y una particular sensibilidad hacia el mundo animal. La poesía amplía todavía más ese territorio al introducir una dimensión narrativa y emocional que permite que cada imagen continúe viviendo más allá de sus límites físicos.

La dimensión geográfica de esta obra tampoco resulta secundaria. Desde Puerto Rico, Fiedler trabaja dentro de una condición insular que puede ser simultáneamente aislamiento y plataforma de observación. La distancia respecto de

determinados centros de legitimación artística puede convertirse en una experiencia de invisibilidad, pero también puede producir una mirada propia, menos dependiente de las modas y de las categorías establecidas.

En Ocho vientos, esa condición insular no aparece como una limitación temática. Por el contrario, la serie desborda cualquier frontera estrictamente local. Sus preocupaciones —el deseo, la pérdida, el reconocimiento, el dolor, la memoria y la necesidad de encontrar equilibrio— pertenecen a una experiencia humana mucho más amplia. La particularidad de Fiedler consiste en convertir esa experiencia en un lenguaje visual propio, atravesado por la poesía, el absurdo y la contemplación.

El arte de Jean-Michel Fiedler se consolida, en última instancia, como un espacio de ecuanimidad. No porque sus personajes hayan alcanzado una serenidad absoluta, sino porque permanecen suspendidos en el punto exacto donde el deseo y la renuncia, el dolor y el placer, el movimiento y la quietud todavía pueden contemplarse mutuamente.

Hay en estas obras una melancolía profunda, pero nunca completamente derrotada. Sus figuras parecen conocer la fragilidad de las cosas y, aun así, continúan participando en el teatro de la existencia. Los animales, las nubes,

los barcos, las frutas, las flechas y los pájaros forman una gramática de símbolos que nunca termina de cerrarse. Cada imagen abre otra posibilidad de interpretación.

Como escribe Fiedler en uno de sus poemas, es posible escuchar allí «un arpegio de mantarrayas pirateando tu pecho». La frase condensa la naturaleza de su proyecto: una poesía que no acompaña pasivamente a la pintura, sino que penetra en ella, la contradice, la prolonga y la transforma
.
En *Ocho vientos*, la fijeza del óleo se encuentra con el movimiento de la palabra. La pintura detiene; el poema continúa. El rostro permanece; el viento pasa. Y en esa tensión se encuentra quizá la verdadera naturaleza de la serie. Fiedler no intenta detener los vientos. Los hace visibles. Hace visible el aire que nos rodea, el aire que nos mueve y, finalmente, el aire que nos golpea.

Porque frente a la incesante variación del mundo, la ecuanimidad no consiste en permanecer inmóvil, sino en aprender a contemplar el movimiento sin quedar completamente sometidos a él. *Ocho vientos* transforma esa intuición en una experiencia visual y poética: un ejercicio de observación de nuestra propia impermanencia y, al mismo tiempo, una celebración de las ficciones, los afectos y los sueños que hacen posible atravesarla.

—Émeric Achard

Sobre Émeric Achard

Émeric Achard es un teórico del arte, curador independiente y ensayista cultural franco-belga. Su práctica crítica se desarrolla en torno a las relaciones entre pintura, pensamiento e imaginario contemporáneo, con particular interés por aquellas obras que establecen diálogos entre distintas tradiciones culturales y formas de representación.

Su encuentro con la obra de Jean-Michel Fiedler parte de una afinidad intelectual: el interés por una pintura figurativa que no se limita a representar el mundo visible, sino que lo utiliza como punto de partida para explorar la memoria, el deseo, la vulnerabilidad y las complejidades de la experiencia interior. En la obra de Fiedler, Achard reconoce una particular convergencia entre imagen y palabra, entre la precisión técnica de la pintura y la dimensión lírica de la poesía.

Desde esta perspectiva, Ocho vientos adquiere una dimensión que trasciende su contexto inmediato. Aunque profundamente vinculada a la sensibilidad caribeña y a la experiencia cultural de Puerto Rico, la serie plantea interrogantes que no pertenecen a una geografía específica: cómo nos relacionamos con el reconocimiento y la pérdida, con el placer y el dolor, con aquello que deseamos conservar y aquello que inevitablemente cambia.

El ensayo que acompaña esta exposición nace de esa lectura. Más que ofrecer una explicación cerrada de las obras, Achard propone un espacio de correspondencias entre la tradición pictórica

occidental, determinadas ideas provenientes del pensamiento oriental y el universo simbólico desarrollado por Fiedler. Los animales, las nubes, las frutas, las flechas, los barcos y las figuras humanas aparecen así como elementos de una gramática visual en la que lo cotidiano y lo metafísico pueden coexistir.

La mirada de Achard resulta particularmente significativa por situarse fuera de los marcos habituales desde los cuales se ha leído la pintura de Fiedler. Su aproximación permite contemplar la obra desde una distancia crítica que no disminuye su carácter puertorriqueño, sino que ayuda a revelar la amplitud de sus resonancias. En Ocho vientos, lo insular deja de ser sinónimo de aislamiento y se convierte en un punto de observación desde el cual la experiencia local puede entrar en conversación con preocupaciones universales.

El texto de Émeric Achard acompaña, por tanto, una obra que se mueve entre distintas geografías simbólicas: entre Europa y el Caribe, entre pintura y poesía, entre realidad e imaginación. Su lectura reconoce en Ocho vientos no solamente una serie pictórica, sino una investigación poética sobre las fuerzas visibles e invisibles que atraviesan la existencia.



Blancos pajaritos de cal
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Blancos pajaritos de cal

Bajo el manto de fantasmas y trigo,
un héroe que casi alcanza al mito
arrastra un río antiguo dentro de sus pupilas.

En su pelo anidan dos pajaritos blancos de cal,
soltando bucólicas campanas de aire
en su tibia mirada de sable.
Por su frente, una mariposa azul resuena
como un arrebato de contrappostos.
como entrañas de cielo lapislázuli
posándose en un destino triunfal.
A cada paso del hombre
la noche desgarra la calma
en heridas discretas de mudez,
en guardianas hélices de incendio que no mueren
y giran en los alrededores de un círculo
húmedo de primaveras decadentes.

Mientras, una vigilante sanguijuela de luz
cuelga el mármol de su violenta fachada
en el parto de su tensa palabra.
Abajo la tierra, honda y morena
conspira finales desafiantes para una oración.
Y en los encuentros abstractos de una piedra vacía,
la obstinada memoria de un elefante
derrama muertos en cada olvido.

Semidiós de mirada brutal y diáfana,
cuéntame lo que parlotean esos pajaritos en tu cabeza.
Dime si están maquinando tu inmortalidad
o el destierro de una sublime despedida.
Dime si la distancia ya habló con la pulcritud,
mansa y perversa
de tu santa indiferencia,
el del inmaculado abandono de tus bestias
y el de tus blancos
pajaritos de cal.

Jean-Michel Fiedler



Breve ganso de azucenas
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026

Breve ganso de azucenas

Dime si el vendedor de azucenas ya pasó por mi calle.

Es que en su cuello vive un blanco espiral de plumas,
y le ha crecido un breve ganso de azucenas
en sus quietos hombros de talco y pregón.

Dime si el vendedor de azucenas ya pasó por mi pecho.

Es que todavía tiene al ganso enroscado en su niñez.
Es que la furia de su pálido lazo torcido
se ha hecho paño de vuelo,
manteL de yerbabuisa y alacrán de algodón.
Dile que en su sien picotea el misterio
de sus mañanas descalzas y sin credo.

A veces lo veo alargándose hasta el cielo,
buscando la llave para abrir el tiempo de un violín,
tropezándose con las últimas acrobacias
de un difícil reloj de niebla.
le crecen charcos de gardenia en los ojos,
débiles llagas de inmensidad
y antiguas alas de chubasco y clavel.

Nadie sabe si camina o flota,
si devora pezuñas de lluvia borracha,
si rompe la cáscara de un deslumbrante disparate
de garzas y huevos encantados.
Nadie sabe si es un necio murmullo de mejillas
o una despechada copa de navajas.

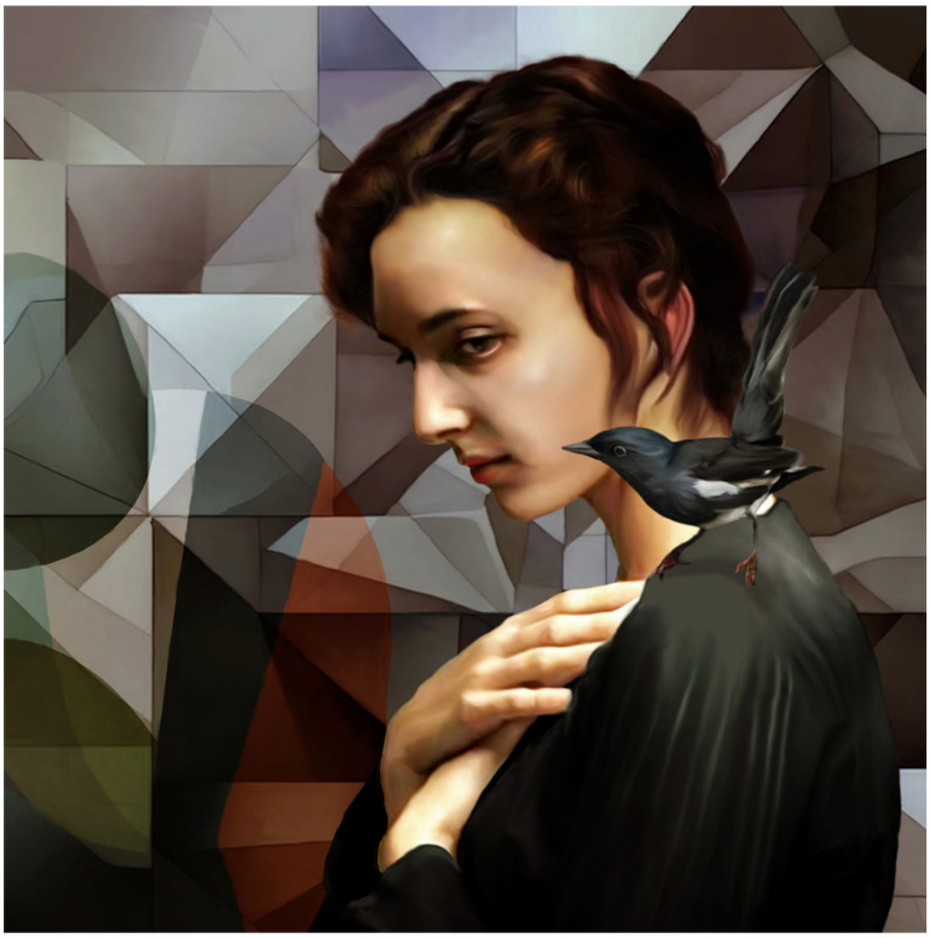
Dile al señor de las azucenas
que ya el aire se las llevó todas
y las arrebató de selva y aroma.

Dile que el ganso se merendó su firmamento de ternuras,
que los trastornados cisnes de Saturno
le bajaron un anillo de vidrios prematuros
y un establo de baladas silvestres.

Dile que la oca se está trepando por un enjambre
de inmensos puñados de alabastro,
que una mustia alucinación de helecho y lejanía
ha entorpecido el cuétano perseguido
en mi jardín de espesos cangrejos.

Dile que en mis brisas locas de vientre,
en mi huerto de subversivos espejismos
y en el poniente valle de mi cuerpo
están creciendo arrinconadas
mis quemadas madrugadas
de pajaritos indomables.

Jean-Michel Fiedler



Costurera de la viuda
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026

Costurera de la viuda

Por el sur de las nebulosas cuetas de jazmín,
sobre un tapiz de mil papeles rasgados
vaga la costurera de la viuda,
artesana del hasto y el almidón.
Lleva su pelo tejido con un réquiem de algarabías
y una falda de matorrales
filigranados en sus fosforescentes crayones.

Sus manos recogen caracolitos dormidos
deslizados por el solemne disparate
de un vestigio de melancolías.
La ciudad la mira desde sus balcones,
la avenida Ashford inclina sus ramas
de andrajo y pichipén
para darle paso a sus largas siluetas de viento.

Sus pies se arrastran por las saladas aceras.
Ve ánimas sentadas en los cafés
hablando con los retumbos del mar
y con las prófugas estatuas musgosas.
Ve un reino de gallinas azules
y un lento enredós de quietud
girando en su periferia de flores y hormigón.

Entonces la brisa le desordena los otoños
como encajes abandonados
en un revuelo de comisas despistadas.

Costurera de la viuda,
camina entre los perros encallados del asfalto,
remienda con hilo de plata
los agujeros de tu olvido,
y deja que la oleada de tus letargos
desgarre tus jinchos plenilunios.

Jean-Michel Fiedler



Cuica y cafetazos
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026

Cuica y cafetazos

En ese puro instante de deleite,
de cuica y cafetazos espontáneos,
en ese pestañeo de vino que besuquea la boca,
en ese tacto leve que en la piel se camuflajea,
rueda la baba de un aguacate inquieto,
la alborotada espuma pálida
hecha filo de canción y silencio.

En la tibia llama de carne
que provoca sutilmente al siglo,
se enciende el aliento de una libélula,
como una luz que baila burlona
en el gozo breve de ese largo, lento caminar,
dando forma a la semilla interrumpida
de una rebanada de promesa de cielo,
garabateada en una zanja de océano
y en el ronroneo mordisqueado
de su fugaz embeleso.

Allí, como ya sabes,
se enredan la parsimonia y la locura
y el flagelo viscoso
de un suburbio de placer
lleno de ilusión.

Jean-Michel Fiedler



El paso de la luz
Óleo sobre tela
18” x 12”
2026

El peso de la luz

Has vivido dentro de la cáscara rasa,
donde los pinceles aprendían
el idioma de los mitos
que nunca llegaron a la maravilla.

Tu sombra ha colgado sus zapatos
en la rama más alta del sudor,
y desde allí mira cómo envejecen
los caballos espesos
que alimentaron tus desolados espíritus.

Has pintado la sed de las piedras,
la respiración de la hiedra
en el verde de las ventanas,
el corazón de las fábulas soñolientas
bajo la mejilla burlona de un soplo.

Ahora contemplas tu historia.
Es una mermelada muda y bandida
que arrastra retratos sin flores,
huesitos de mirada polvorienta
y un niño que todavía te llama
desde la espalda del lienzo.

No sé si fuiste imaginario de círculos
o una espiga atravesada por la ruina.
No sé si tus cuadros te soñaron primero,
o si el rojo era el único color
que buscaba tu cuerpo gris.

Y mientras la calle recoge sus vientos,
dejas tu último trazo abierto sobre un globo,
para que la dulzura lo termine,
para que el lodo descubra, entre la hierba,
que toda la vida no fue más
que un pájaro anaranjado
tratando de entender
el peso de la luz.

Jean-Michel Fiedler



Engreido barquito de papel
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Engreído barquito de papel

Después del grito,
queda el eco en la garganta del susto.
El aire vibra con lo que ya no se dice.
La luz se sienta, exhausta, en la sombra.

Detrás del beso,
queda el sabor suspendido en la memoria,
como fruta madura que nunca cae
y el cuerpo recuerda donde ya no hay tacto.

Al cabo de una mirada estática,
el silencio es un mar sin orilla.
la calma no consuela, solo observa.
Seguido del desánimo,
las lágrimas secas pesan más que
el agua plateada
por donde timonea un
engreído barquito de papel.

Después de todo,
el silencio no es vacío, es huella,
un lugar donde lo ausente
respira todavía.

Jean-Michel Fiedler



La carta
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

La carta

En un cajón de altos caballos de mar,
la tibia caña del silencio
resonaba en el vientre de un papel
con olor a desembocadura de tinta,
a confluencias de arrebato.

En el arrabal de nubes y andamios de reloj,
un sobre añejo guardaba tu voz,
como un manso eco de cadenas y carimbo
que aún susurra collares de melaza y de caracol.

La fecha, casi borracha, hablaba de otro invierno,
de noventiseis minotauros de pañuelo y ron
en las cortinas deshojadas de Manhattan.

Era tu carta Tomasa,
sudando obstinados alientos de paloma y sonullo.
Era tu sonrisa peregrinando cien espejos
en un escalofriante salpicón de sardinas.
Eran tus sinsoras de salitre y negrura,
tus cañaverales agotados por el viento,
tu escondite detrás del municipio
de fosforecentes recuerdos de coral.

Era un te espero siempre,
un Dios te salve, un bendita seas,
bordando peces que tiemblan
entre las letras torcidas
de tu pluma ya cansada.

Eran tus malecones ya vacios
de cabras y agrias gargantas de sol.
Era tu voz callada,
el latido de una postal que respira
lo que ya no escribes,
deshilando preteritos y leyendas.
Era un circo de jazmin y crepusculos de sangre.

Era tu carta Tomasa,
esa en la que los almendros y los cangrejos nocturnos
me invitaron a tu fiesta
de nitidas hierbas de orilla.
Fue en tu escrito que descubri
el suspiro de un pelicano de luna,
la locura de un balcon de rios
desaguado en los alfabetos del Tanamá.

Fue en tu carta que escuche
los retumbes de un arbol de gallos
latiendo una reinita chiquitita
hacia tu corazon.
Fue en tus cristales nublados, Tomasa,
que vi el amor sonando a pitirre
y a lluvia sin cantó
emigrando hacia mis lágrimas.

Jean-Michel Fiedler



Madama del centelleo
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Madama del centelleo

Apareció la negra feliz,
la morena espantaluvias,
la madama del centelleo
con un gallo de mar prendido
en el crespo cenizo de su pelo.

Frente a su orilla de colmado y pasiflora,
el bronce ancestral se viste de verbena
y la guaracha de mil maracas yerberas
le regala una naranja de sal y encanto
para que alumbre el amanecer.

Tiene en los ojos dos cocuyos
de espíritu fosforoso,
chispas de tambor y caoba,
donaires de tamarindo y cariño,
linternas de nido que se levantan
en pájaros de aguafuerte y miel.

La negra baila
bajo una fresca bóveda celeste
que cose escapularios para las olas
y duerme en una hamaca de viento y jolgorio.

La negra retoza sus quereres
allí donde las tormentas nacen cantando
y sueñan jardines de corazón secreto
en los aljibes de una lindura achocolotada.

La negra contenta levanta sus brazos
y del cielo raso caen amuletos de coral,
sonrisas de yerbabuena,
pañuelos de mangle y carambola.

Y su gracia,
redonda como una guayaba silvestre,
queda flotando sobre el marullo,
igual que un pez de luna,
como una estrella de agua
que nunca se apaga.

Jean-Michel Fiedler



Futuras flores
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026

Futuras flores

Pero que lenta la dulzura de tu dolor,
que sabia la manzana de tus penas.

Pero que astuta la flecha de tu angustia,
la palidez de tu corazón obstinado.

Pero que rica tu ausencia de voces,
la impertinencia de tu mirada apagada.

Pero es que todavía no has muerto,
y ya están sembrando pasados
en tu cuna de futuras flores.

Pero es que tus noches se quedaron sin valles
y los grises inundan tus vientos de sombra,
el veneno fresco de tus largos cielos.

Pero justo ahí,
duerme tu negro planeta de oro
tu distante sonrisa
de yeso y almohada.

Jean-Michel Fiedler



Pajaritos colgantes
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026

Pajaritos colgantes

En el silencio verdoso del musgo
un hombre revuelca un enjambre de hilos.
Tiene las manos embarradas de arcilla y pulpa,
y en su tronco recitan cordeles sin aguja.

Sueña con pajaritos colgantes,
aterciopelados como la calma,
redondos como una barriga
encendida de cabuya y lombriz,
temblando sobre ramas de plata.

La noche los esconde
como polisones de sombra y paloma.
Sus alas, todavía enanas,
guardan relámpagos chiquitos
y germen de cielo.

El hombre los mira desde su cascarón de cristal
con los ojos llenos de caldo de nube.
Cada pájaro fluye como un velo de chifón
escondido en la entraña tierna del vapor.
Cada grieta de firmamento guarda celosa
un alba que no ha aprendido a romper.

Hay una dulce quietud de canción pasmada,
un silencio que huele a raíz abierta.
Y los pajaritos, repletos de viento,
inclinan sus picos de claro abedul
hacia las venas invisibles del horizonte.

Entonces el hombre llora de esa ternura que duele
cuando la vida quiere nacer demasiado hermosa.

Y en el último rincón del sueño,
cuando el gallo desgarra la madrugada,
los pajaritos revientan en luz
y dejan caer, sobre la tierra del pecho,
un puñado de cantos nuevos.

Jean-Michel Fiedler



Nube de mandarinas
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026

Nube de mandarinas

Piérdeme un delirio de amarillos
por las venas rendidas
y agótame el corazón de naranjas
en su rama de alientos sin sol.

Voy a pintar una nube de mandarinas
pregonando barrancos y lagartos de sal.
Voy a pintar un pajarito verdigris de verano,
un cerro de campanarios y papaya,
un inquietante caballito de azafrán y atardeceres.

Voy a colorear un herizo de achiote,
una hormiga transparente a la hora de un alfiler,
un horizonte de escalofríos alborotados,
una laguna de caracoles y linternas de bronce.

Voy a pintar mi fábula de otoños
en el fango de verdes pigmentos de fuego,
en el cielo de girasoles enmohecidos,
colgando en el polvo de cinco cuchillos.

Voy a prender una llama de garabatos y hojalata
en la tiniebla de un abanico azul,
en el galope fresco de un jinete de aguaceros.

Voy a pintar un aparatoso amarillo de limones
y un amargo mirto jugando ajedrez
en el equinoccio de un suspiro de marfil.

Voy a pintar cardenalitos de cristal y espanto,
un rezo de violentas lunas de tulipán.
Voy a pintar lo que no sé,
lo que me trajo la borrasca
en su saliva de parcha.
Voy a pintar
¡y ya!

Jean-Michel Fiedler



Murmullo de olas
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Murmullo de olas

El argonauta del murmullo de olas
tiene desnudo un crucigrama marino,
un banquete de conchas
y estrellas de peine rojo.
Agarra el agua tendida en la frente,
y un letargo de almejas inquietas
mordisquean su carne cansada,
y anidan en su pequeño pecho amogollado.

Surca con caracoles deshabitados,
con crustáceos de espuma despistada,
que le pintan bocas de fuego
y trapos secos de marea
besándole las anémonas heridas de su delirio.

El barco del sol desató un aluvión de cangrejos,
un disparate de señuelos bioluminiscentes,
un chaleco de claveles de mar,
un tedioso galeón de aletas de nácar
y breves mantarayas de arenal.

En la hondura de una flota
de peces contrasombreados
huye el muelle de su quitasol sangrante,
fábula y canto naviero,
cuando escucha, entre luces de perla amanecida,
el escurridizo gemir de mil pulpos
curtidos por los trenes de su viento.

El mar le enrecla el frescor, la sal le arde
en el capitel antiguo de sus botas,
y en su oído, un dragón azul,
difumina un eco de fósiles recién cortados,
una maroma de moradores del abismo
y nereidas fugitivas.

La primera luz le tiembla en los ojos,
pero aún oye, como un niño,
a los desafiantes caracoles despoblados,
llamándolo desde el aniquilante fondo
de un trastero de algas y olvido.

Capitán,
lanza tu arpón de relámpago y arrecife,
tira el ancla de tu sedienta criatura de agua,
espérala en el mar y cierra tus ojos,
arrópala con tus hondas brisas,
porque todavía, en tu bote,
sigue durmiendo.

Jean-Michel Fiedler



Pétalo de pulpa abierta
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026

Pétalo de pulpa abierta

Regálame un pecado y no me pidas perdón.

Allá te recibirán las arpías del vacío
en la costa muda del mogote
y te pedirán que les escribas
un imaginario de bestias y recuerdos.

Regálame un pecado deshojado
como lirios vencidos de un perfume
que el viento lleva en su mochila gris
y en su robo de agua marchita.

Pon en mi frente la memoria
de una espina de voz
que gime cuando tu palabra resbala,
como pájaro cansado,
sobre las costillas abiertas de un papel,
meciéndose en un pétalo de pulpa abierta.

Yo te daré un sueño y mil culpas nuevas
hechas de nervios resecos
y timbres que ladran
bajo un cielo de ceniza y carne.

Te daré mis manos,
dos ríos sin cauce,
por si quieres esconder en ellos
tu culpa de cristal.

Y si al final me nombras,
con aullidos de hueso roto,
quizás el espíritu entienda
que amar también es un delito
y que en cada corazón
duerme un crimen diminuto,
como un poema que todavía tiembla
y no se atreve a germinar.

Jean-Michel Fiedler



Paseo don Juan
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Paseo don Juan

En la baranda de vértigos espejados,
donde la costa huele
a lampiños submarinos persignados,
a limo de nube y roca,
a mil gaviotas deshilachadas por el viento,
se pasea una anécdota lastimada de bombón.

En el Paseo don Juan fosforece un hombre de almendra.
Junto a él, su ceniciento perro perdiguero,
una pequeña bola roja,
y un muro oxidado de palabras y uvas playeras.

El perro, en un tutiplén de mosca y sargazo,
se me acerca como rayo de baba sagrada,
empapado en una vorágine de espuma,
como un trance de cangrejos frenéticos
desgarrando amaneceres,
escarbando los recovecos
de un puto talo de silencio.

Bola roja, pasatiempo de sordas órbitas de preciosura,
dime cuando arrancó el perro luz de retozos
hacia los erizos de un zaguán marmolado.
Dime cuando la pisada piquiaguda del Charrán
recogerá sus raíces corabinas en el malecón.

Dime, perrito de la bola roja,
por qué me has perseguido por siglos,
con tus patas de sal,
entre las olas donde la lengua rueda,
y el sol se hunde despacio
en la garganta del agua,
donde tus incomodas marejadas de diciembre
cosen futuras naves
de tiempo y aguaviva.

Jean-Michel Fiedler



Por si acaso en silencio
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026

Por si acaso en silencio

Se fue como el vidrio espeso en la madrugada,
sin hacer ruido, sin mirar atrás.

Quedaron los perros, las pisadas, el eco en la sala,
y un señuelo de luz
colgando del umbral.

Diez escalofríos giraban
detrás de una fantasía desamparada.
Allí, sin pasado, sin huella,
las espumas de mar acariciaban
los pies de mis ojos,
las arenas de mi calvario.

El reloj, náufrago en su rincón,
tictaqueaba disparates
largamente empalagosos.
Cada tic, una pregunta, cada tac, una añoranza.
Las fotos ya no confiaban en
el espíritu tibio de las flores nocturnas,
en los pequeños espejos de
un olvido precipitado y confuso
que susurra ausencias
y se sienta a tu lado, te mira llorar,
no pide palabras, no mendiga disculpas,
solo ocupa el espacio que el alma se calla.

La muerte se niega a dejar de revolotear,
desnuda en el espacio frío
de un muro de crisantemos
donde anida el albatros
de una voz ida.

Y aunque el insomnio cubra las rendijas del pecho,
aunque sonriera de nuevo, aunque amara, quizás,
llevaría en el holbín de cada desvelo
el nombre sosegado
de los últimos dioses
por si acaso en silencio.

Jean-Michel Fiedler



Solo solito
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Solo solito

Mijito, ya te compré un solcito
amariblito, limonado, redondito
y lleno de actitud, cojito de amores
repletito de caballos hundidos.

Allí está, cerquita de la Vía Láctea,
blanquita de serpientes congeladas
en tus ojitos lacrimosos,
ilusionados y confundidos,
queriendo más esqueletitos mojados
en los pedernales de tu alma.

Mijito, estás solo solito
en tus dulces orillas de lavanda y estaño,
en el canto lastimero
de una mediabuna recién parida,
del rocío sabino y la nubecita rebelde
de tus mañanas abrazadoras,
de tus recuerdos que enturbian
los acongojados arrecifes en tu garganta.

Mijito, ya te llama una ronda de lagrimitas
en un arpegio de mantarrayas
pirateando tu pecho.
Las vacas apagadas del pastizal
no sabrán cómo consolarte
y morirás en el pantanal de tu espejismo,
morirás más pobre que la transparencia,
sucumbirás en el jamás de un anhelo.

Mijito, el amor no vale oros ni penas,
la santa partida se lo llevará todo,
al final, con todo y lucecitas,
nos quedamos solos solitos
hasta que un jacinto inquieto
se pierda en la maleza quebrada
de solozos chiquititos que se ahogan
en una trenza de papel.

Jean-Michel Fiedler

Jean-Michel Fiedler

Nacido en San Juan, Puerto Rico, en 1967, Fiedler cursó estudios en la Universidad de Puerto Rico, Pratt Institute en Nueva York y The University of the Arts en Filadelfia. Su formación en Filadelfia aportó a su trabajo una rigurosa disciplina técnica, mientras su experiencia en Nueva York abrió el camino hacia una aproximación más experimental a la imagen. A ello se suman sus raíces francesas y europeas y la experiencia cultural del Caribe, elementos que confluyen en una obra difícil de encerrar dentro de una sola categoría estética.

A lo largo de más de tres décadas, Fiedler ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos el William H. Ely Award, el Harriet P. Hughes Award y el Roger T. Hane Memorial Award, en Filadelfia; el Print Magazine Annual International Cover Design Award, en Nueva York; y un reconocimiento del Overseas Press Club por su trabajo en periodismo gráfico e ilustración, entre otros.

Su trayectoria expositiva incluye numerosas muestras individuales y colectivas en galerías y museos de Puerto Rico, Estados Unidos y Argentina, entre otros contextos. También ha ejercido la docencia en la Universidad del Sagrado Corazón, la Liga de Arte de San Juan y la Escuela de Artes Plásticas y Diseño de Puerto Rico.

Galería SPACE

AGRADECIMIENTOS:

• Jean-Michel Fiedler
• Ing. Sebastián Rodríguez
• Roberto González
• Eric Tabales
• María Eugenia Madrid
• Grupo Empresas Caparra
(Galería San Patricio y su staff)
• Ariana Torres Vázquez
• Norma Elizabeth Correa
• El Adoquín Magazine
• Ey boricua.com, José Maldonado
• Puerto Rico Post
• Magazine - PR
• Pride Society Magazine
• Kritikando Blog (Instagram)
• Judith Felicie y Radio Paz 810 AM
• Ibsen Peralta
• Víctor Amber
• Yajaira Martínez
• Alex Cuevas

CRÉDITOS:

• **Artista**:
Jean-Michel Fiedler

• **Ensayo del catálogo:**
Émeric Achard

• **Relaciones públicas:**
María Eugenia Madrid

• **Diseño de invitación**:
Jean-Michel Fiedler

• **Diseño del catálogo:**
Manuel Vázquez

• **Programación del catálogo:**
Ing. Sebastián M. Rodríguez

• **Diseño de sala**:
Manuel Vázquez